

DISCURSO

LEÍDO POR

D. CALIXTO SERICHOL IBÁÑEZ

COMANDANTE DE ARTILLERÍA

EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN PÚBLICA

SEÑORES ACADÉMICOS:

Parece natural que al verme en esta tribuna tan desmedidamente alta, adquiriera conciencia de mi pequeñez y apareciera ante vosotros temeroso y humilde, sin aliento para nada. Llego, en cambio, con el atrevimiento y el desenfado que me presta mi ignorancia, y la tranquilidad del que sabe que ha de hablar ante quienes, educados en el culto de la belleza y en la serena crítica de la Historia, guardan la suma benevolencia para todo devoto de sus disciplinas. Si el trance me infunde miedo es, sinceramente, por vosotros: porque me imagino que al ver mi designación para formar parte de esta Real Academia, dudarán las gentes de vuestro buen discernimiento, y seré causa, sin quererlo, de que arrecien en sus diatribas acostumbradas los eternos discutidores.

Acudo a vuestro llamamiento un poco envanecido por el honor que me hacéis. Pero antes, convendrá que escuchéis mi profesión de fe, por si aún es tiempo de que, por hacerme justicia se cierren para mí estas puertas, y no acojáis a quien puede discrepar de vuestro común sentir. Lo digo porque, repasando yo los méritos que hayáis podido apreciar en mí, no encuentro ninguno, como no sea ese fervor que pongo yo en mis lecturas del Quijote, que por ser tan a mis solas, tampoco sé cómo pueden llegar a vuestro conocimiento; como no sea por el de ese proyecto de monumento imaginado en el Toboso que me sugirió el Gran Libro, y que me apresuré a comunicar a Toledo, como una cosa que siendo mía, quería yo que fuese suya.

De esas lecturas, me he formado, sin proponérmelo, una cierta aptitud crítico-literaria, de tan pobre contextura, que no habría osadía mayor si quisiera hablar de ella, pero que me ha llevado a una convicción tan desconcertante que me avergüenza como

una herejía. Y eso es lo que quiero confesar aquí, por si pareciéndoos poco depurado el acuerdo de llamarme a vuestro lado, pudiérais volver sobre él y no dar lugar a mayores males.

Mi conclusión herética es que, en contra de lo que pudiera deducirse de ese fervor mío por la obra de Cervantes, yo no soy cervantista. Os sonreiréis, sin duda, de esta declaración, en cierto modo presuntuosa; porque ser cervantista supone un estudio profundo, un conocimiento perfecto de la obra de Cervantes, a que no puedo aspirar; de modo que si no soy cervantista es, sencillamente, porque el título no es para todos. Pero no, no es eso, y aquí viene la herejía: es que yo *no quiero* ser cervantista; no quiero entrar en la Academia tildado de una adhesión que no siento, porque lo menos que debo hacer, en correspondencia a vuestra atención, es no engañaros.

Yo divido la literatura cervantina en dos partes: de un lado, el Quijote; de otro, las demás obras suyas. Es una división tan sencilla y, a la vez, tan clara y evidente, que tiene carácter de perogrullada. Y hay tal diferencia entre una y otra, que, admirando las dos, no puede uno confundirse en apreciaciones. Si me declaro, pues, quijotista, expresaré mejor la huella de mis lecturas; sólo que quijotista, no porque me acerque al imposible conocimiento perfecto del Quijote, que puede negarme cualquiera, sino por devoción idólatra, que le disputo a cualquiera. Lo único que queda es ver el obstáculo que hay para que, siendo quijotista, no quiera llamarme cervantista.

La razón fundamental es que considero al Quijote muy superior a Cervantes, tan superior a él, que hay que desligarlos. Parece esto más bien una sinrazón, porque no se advierte cómo puede separarse un autor de su obra; pero se sale al paso del reparo, observando que todos los padres desean que sus hijos sean hermosos, fuertes, héroes y sabios, pero la consecución de ese deseo escapa a su voluntad, sin que en obtenerlo puedan poner apenas nada. Por otra parte, se admira al héroe, al fuerte, al sabio, al hermoso sin que envolvamos en la misma admiración al padre; y aún cabría distinguir entre los hijos de la carne y los del entendimiento, si no fuera porque, además, Cervantes engendró al Quijote con propósito muy inferior a sus consecuencias.

Cervantes pretendió tan sólo desterrar los libros de caballería, escribiendo otro libro de caballería que fuera burla de todos ellos. Bien modesta fué la intención. La novela caballescaca tenía,

sin embargo, su razón de existir, porque con sus quimeras mantenía enardecido el espíritu de unas gentes que tenían que sostener la lucha de las Cruzadas, que mantener vivo el antagonismo entre Cristo y Mahoma. Sólo que la abundancia era tal, que se asfixiaba ya nuestra literatura con las estúpidas historias de tantos Amadisos de Gaula, Don Belianises de Grecia, Palmerines de Inglaterra, Partinuples de Bles, Lisuartes y Floriseles, Policisnes de Beocia, Esplandianes y caterva de mamarrachos más, que hacían bambolearse en sus cimientos el grandioso edificio de nuestra novela, que empezaba a levantarse. Cervantes, con su profunda sátira, hirió de muerte la caballería, y cumplido el intento, de modo muy loable y certero, nada queda de él: después, solos Don Quijote y Sancho, ajenos en todo a aquel propósito, y su gloria, también extraña, son el designio providencial que señala al mundo el poder inmortal de una raza que ha de hablar siempre español. Cervantes no sabe con certeza (aunque lo presiente, es verdad) que está escribiendo la historia de dos símbolos eternos en el espacio y en el tiempo, y como tal historiador no tiene intervención en la constitución anímica de sus héroes.

Pero eso debe adscribirse solamente su nombre al resto de su obra. Y como tal, merece la misma admiración y la misma adhesión que otros autores nuestros que han realizado también labor tan preciada por lo menos. La contribución a nuestro acervo literario, la obra de conjunto de una Fernán Caballero, de un Alarcón, de un Pereda, de la Pardo Bazán, de Valera, de Galdós el coloso, de Clarín, de Palacio Valdés, de Blasco Ibáñez, de Azorín, de Unamuno, de Baroja, de Valle-Inclán, de Pérez de Ayala, del inmenso Benavente, en fin, es cada una de por sí tan limpia, tan uniforme, tan completa, tan sugestiva y tan meritoria, como la colección de Novelas Ejemplares y las Comedias y Sainetes: tan dignos unos y otros de que se ahonde tanto en el estudio de sus libros, que su conocimiento dé el derecho a denominarse con un *ista* añadido. El Quijote, no: su eterna gloria es obra de la Humanidad entera, y no tiene ni tendrá par, por los siglos de los siglos.

*
**

Temas son éstos que requieren tiempo y no son de esta ocasión, y que, por ser inagotables, siempre invitan a su estudio.

Me limito yo a dejar sentada mi filiación exclusiva de quijotista, y creo que la admitiréis a poca costa. Lo que por lo menos quisiera es que no me confundierais con esos cervantistas al uso que se limitan a la crítica verbalista, sin entrarse en el examen de la psicología de los personajes, dando más importancia al ropaje de que vienen vestidos que a sus cualidades espirituales. Ni con esos otros que tan particular interés muestran por conocer los detalles menores de la vida de nuestro autor, acreditando una curiosidad a prueba de paciencia. Ni con esos otros que, buscando el sentido esotérico de sus obras, estudian a Cervantes como médico, como sociólogo, como geógrafo, como agente del fisco, como administrador militar, como jurisperito, como teólogo, como músico, como astrólogo judicial y hasta como sastro y cocinero. Ni con esos otros, finalmente, que quieren ver en cada personaje del Quijote el retrato de un ser real y verdadero, y consumen su entusiasmo en una búsqueda inútil y absurda; como cierto admirado amigo mío que está seguro de haber encontrado, y la muestra a quien quiera, una falda que perteneció a Dulcinea. Cervantistas todos ellos que empequeñecen la obra, que es lo contrario que se proponen.

*
* *

Observaréis que en nada de lo que he dicho hasta ahora, y lo mismo comprobaréis en cuanto he de decir aquí, hay originalidad alguna. Todo lo conocéis, vosotros, hombres de amplia cultura. Tened en cuenta que todo es fruto de mis lecturas, no de mis estudios, tan ajenos a estos matices literarios; y que harto haré si puedo probar que esas mis lecturas han dejado en mí algún sedimento. Se corrobora a cada paso mi falta de méritos para ostentar esa medalla que me reserváis, colgada hasta hace poco en el cuello de ese insigne renovador de nuestra cerámica que es D. Sebastián Aguado, y con decir su nombre está dicho todo para Toledo. Me disculpo yo a mí mismo por la consideración de que me otorgáis cierto carácter representativo, aunque eso sea contrario al espíritu de vuestros preceptos, porque no se podía ver con calma que una Corporación como ésta, índice de la cultura toledana, no contara con quien viniera desde esa gloriosa Fábrica de Armas, dirigida por el Cuerpo de Artillería,

de tan alto valor cultural. Lo lamentable es que sea yo quien la represente.

Las últimas palabras de este largo preámbulo han de ser la expresión de mi gratitud a cuantos, al impulso de su bondad y su cultura, han querido que estos momentos queden imborrables en mi recuerdo por el relieve de su presencia. De más significación, por la circunstancia señalada de ser hoy, 4 de diciembre, el día artillero del año; ese día en que todos los que llevamos bombas en el cuello apretamos un poco más los lazos que nos retienen unidos a este Cuerpo, a esta persona moral, con su gran corazón, que no aspira a más que a consumirse en el amor purísimo de la Patria.

Día de reflexión y de examen de conciencia, bajo la mirada de Santa Bárbara, de aquella dulce virgen de Nicomedia, que es como el símbolo de los espíritus fuertes. Murió por defender el tesoro espiritual de su cristianismo, y se abatió sólo ante la fuerza brutal de quien más debió amarla. Los inexcrutables juicios de Dios guiaron también el rayo que vengara el crimen, y quedó ungida la santa de la divina gracia. Bajo su égida, y cuando se piensa en ella y en su sacrificio, siente uno elevarse su corazón para que no se contamine con las pasiones que nos arrastran hacia el lodo. Yo os suplico, rendidamente, un recuerdo para los artilleros ausentes y para los que dieron su vida en holocausto de sus deberes para con esta España de nuestros amores.



Supongo yo que me agradeceréis el propósito que me he formado de no encerrar este obligado discurso en los límites conceptuosos de un doctrinarismo seco y aburrido. La ocasión, sobre todo, y el auditorio, exigen no extremar la nota grave, no dar a esta sesión de hoy, solemne más por la costumbre que por lo que promete de mi parte, un carácter excesivamente académico, en cuanto suponga manifestación de profundos estudios. No; nada de disquisiciones ni de investigaciones áridas; nada de ensayos críticos que, ni aun momentáneamente, ocupen vuestro juicio. Dejemos tales cultivos a la labor callada de la Academia, a su trabajo de cada día: por hoy, conformémonos con divagar

superficialmente sobre algunos aspectos de nuestra vida ciudadana, tan interesantes siempre.

Como no he de desarrollar un tema definido, no he podido poner al frente de mi trabajo un lema que lo compendie, un rótulo que nos anuncie el surtido de sus ideas, que tal vez no se encuentre una que merezca consideración, y si sólo bagatelas sin consistencia. Y más vale; porque de obligarme a ello me vería comprometido, con miedo de que me calificárais de agresivo, con agresividad inútil, porque ni debo pretender reformar nada ni debo olvidar el respeto que merecéis ni el que me merece nuestra ciudad. Porque mi lema, aunque no estoy muy seguro de ello, pudiera ser éste: «No obstante, ser Toledo ejemplo perenne y vivo de arte, los toledanos carecemos de sentido estético».

*
* *

Lo primero que merece una explicación es el por qué me cuento yo, como un intruso, entre los toledanos. Verdad es que no he tenido la suerte de nacer en Toledo, pero tampoco hay que dar a este hecho demasiada importancia. No nacemos donde queremos. Este título de toledano es, más bien, conquistable, como ejecutoria tan preciada que corre de boca en boca, para alabarla, por todo el mundo. Yo, lentamente, por el camino de la admiración rendida, llevo mis aspiraciones; y, mientras lo consigo, acato también los fueros naturales como puedo. Las raíces de mi ascendencia no germinaron fecundadas en vuestro suelo, pero mis hijos son frutos jugosos de la tierra, y aunque no están en sazón, aunque no han pasado del estado de monigotes, acusan ya claramente los signos de la raza: cordialidad ruda; efusión, pocas veces; las más, hosquedad reservada; un individualismo rebelde que se manifiesta ya en sus rabietas; pero siempre destilando dulzura, sobre todo las hembras, como si en sus venas se hubieran ingertado mieles de albaricoquero. Se observa bien en ellos la continuación de mi *yo*, en sus dos naturalezas, física y espiritual, y puedo, pues, concederme algún derecho a incluirme en vuestras filas, aunque valga poco para restar fuerza a mi acusación.

*
* *

Los toledanos carecemos de sentido estético. No puede negarse entre nosotros cierta apetencia artística, no exagerada tampoco, manifestada de mil modos. El modo más vulgar y repetido es el de esa mujer, de la alta clase o del estado llano, que dispone de una reja en un rincón escondido y cuelga en ella una jaula, y la matiza con las pinceladas rojas de un geranio: bástale eso para comunicarnos una sugestión de belleza. O el de ese otro espíritu soñador que cruzará en la alta noche, cuando todo es silencio y melancolía, ese pasadizo medroso, en el que una llama agonizante atrae sus miradas hacia una cruz de madera carcomida; logrará desprenderse del afán a que nos condena la vida, y en el susurro de una plegaria de maitines que anuncia el nuevo día, aspirará el ignorado perfume de una novia de ensueño con tocas blancas.

Sí; sentimos los toledanos cierta apetencia artística influenciados por el ambiente evocador en que vivimos, obligados por el misterio que dejaron los siglos enredado en el dédalo de nuestras calles. Pero es acción aislada, disgregada, centrífuga, sin cohesión alguna. El alma ciudadana carece de sentimiento estético, porque si lo tuviera, esos problemas de arte que con tanta frecuencia se nos presentan, nos interesarían más, retendrían nuestra atención con ahinco, para buscar su solución en el propio terreno en que se plantean, en vez de ser causa de dividirnos, en pugna de pasiones que tienen su razón de lucha en dominios ajenos al Arte.

Si se bucea en el alma de la ciudad en busca de ese sentimiento estético, se dará pronto con que está recluso en una minoría que ni aún ha sabido conservar sus opiniones en una ecuanimidad serena y se ha entregado de lleno al desenfreno de sus radicalismos. Así, vemos dividida siempre esa minoría en dos partidos que son polos opuestos de un eje, alrededor del cual gira nuestra vida artística, sólo que, tan torcido está el eje, que no cumple su función, y la vida se paraliza con peligro de la ciudad, que es la única perjudicada en la discordia.

Tal es el encono de la lucha, que lleva camino de dejar la misma memoria histórica de otros partidismos famosos. Ellos se llaman «tipistas» y «tripistas», así como fueron güelfos y gibelinos, capuletos y montescos, carlistas e isabelinos, y no sé si bajando el tono aspirarán al mismo ruido que produjeron chorizos y polacos, o joselistas y belmontistas. Los designaremos

aquí para que en estas nobles y limpias paredes no encuentren eco palabras del arroyo, con sus nombres verdaderos: dogmáticos y escépticos, porque los unos contienen su credo en un dogma cerrado, bien definido en una frase, bella en verdad, que flamea como guión de combate; los otros no creen en nada, no creen en la virtud del Arte, y le sacrifican siempre que haga falta. Quien quiera establecer normas estéticas que sirvan de guía a la resolución de nuestros problemas de arte, hará bien en situarse tan lejos de los unos como de los otros: tomar una posición ecléctica, que es, al parecer, más cómoda, pero que no lo es; sino por el contrario, más difícil, porque todo género intermedio requiere más esfuerzo y mejores dotes mentales; y más eficaz, porque los extremismos no conducen más que al exarcebamiento, y, en este caso, no sirven ni para estímulo.

*
**

Al compás de los tiempos el Arte toma formas nuevas, adaptándose al medio en que vive, sin desdeñar, es cierto, ni poder desprenderse de las ataduras que le ligan al pasado. La vida moderna lo primero que pide al Arte es lógica: exigencia bien extraña para lo que nunca se sujetó a principios. El Arte debe plegarse al espíritu de nuestro tiempo, que tiene por características: velocidad, sencillez, equilibrio, diafanidad y un acomodamiento esencial a las necesidades ordinarias. Se vive muy deprisa y no hay tiempo más que de contemplar las síntesis. Un pintor no nos dará más que visiones concentradas, profundas, que nos sugieren hondamente, sin que nuestra emoción se distraiga con la copia fiel de las superficies; a un escultor le pediremos la expresión material del espíritu de su modelo sin importarnos la exactitud del modelado; de un músico esperamos que un «motivo» desarrollado en acordes reducidos nos dé la total visión sinfónica del alma de las cosas; en una obra literaria apreciaremos la intensidad de la acción más que la fluidez de la forma; en el teatro buscaremos el símbolo discutido de los superrealistas, a riesgo de caer en el peligro extravagante de los escritores de la vanguardia heroica: todo así, corto, rápido.

La arquitectura es la que con más necesidad ha de obedecer estas exigencias. Cuando la vida era más quieta, quedaba tiempo para detenerse ante un caserón, ante un castillo, a contemplar su

fábrica; y los artistas podían acumular en sus obras detalles sobre detalles, masas, formas, seguros de tener siempre desocupados admiradores. Hoy, las estructuras han de ser ligeras, las líneas sencillas; para el interior, la mayor cantidad de luz y aire posibles; para el exterior, fachadas de percepción fácil, sin decoraciones complicadas, entretenidas, como para gentes que andan deprisa.

El Arte debe renovarse sin cesar. En los tiempos del automóvil, del avión y de la telegrafía sin hilos, no debe pretenderse que perdure la estética de los siglos pasados. Nada nos importa que nuestro ascensor no esté adornado con guirnaldas o festones tallados, y lo que le pedimos es que sea rápido y sus frenos potentes y seguros; nada que nuestro aparato telefónico sea de estilo barroco, y sí que su audición sea clara; nada que el cuarto del hotel que nos recibe amablemente sea de estilo español siglo XV o Renacimiento o Luis XVI, y sí que sea confortable y cómodo, y tenga un buen cuarto de baños, aunque no sea de estilo pompeyano. Querer prolongar las bellezas pretéritas, bellezas certísimas, es hacernos envejecer prematuramente, desconfiar de la juventud de nuestro tiempo, de su fuerza y, también, de su innegable belleza.

Porque si el Arte no ha de tener otro fin que exaltar el placer en el alma y en los sentidos, hay que reconocer que en nuestra vida moderna hay fuentes de emoción tan diversas y tan poderosas como las hubo siempre. El sentido estético reside, no en las cosas, sino en nosotros mismos, y un combate de boxeo, un rascacielos y un automóvil en marcha alocada, pueden sacudir nuestra sensibilidad con la vibración de todo lo bello, ya que su dirección sensorial es de dentro a fuera y no de fuera a dentro.

El Arte no puede ser patrimonio de tiempos determinados ni puede recluírse en zonas ni puede ser aristocrático. El sentimiento estético privilegio fué de los escogidos, es la verdad; pero ya las muchedumbres van invadiendo el ancho campo con su cultura y logrado imponer sus gustos, empezando por la música, que es el arte más asequible a las masas, por ser el menos cerebral. Hoy llega el Arte hasta los confines más utilitarios, y no desdeña mostrarse ante una máquina en movimiento, ante un mercado, ante un almacén, y hasta ha creado esa linda modalidad del cartel anunciador, que nos sugestiona todos los días.

Tampoco es incompatible con ninguna otra manifestación de nuestra inteligencia o de nuestro sentimiento. Hay que reconocer, sin embargo, que siempre ha habido un particular empeño en demostrar que el industrialismo, las aplicaciones de la Ciencia, tendían, por reacción inexplicable, a destruir todo patrimonio de arte, y que, por tanto, no podían convivir. Pero nadie podrá tomar en serio el intento, porque siendo uno y otra, Arte y Ciencia, estados emocionales de tan diversos fines, pueden desarrollarse en nuestro espíritu de modo paralelo, sin que la Ciencia se enseñoree de nuestras potencias, más bien complementándose con el Arte; es decir, la verdad en inseparable consorcio con la bondad y la belleza.

Vednos ahora ante el panorama, recortado y duro, de este Toledo encaramado en su peña prócer. Nos hallamos en el camino del Valle, sobre los riscos desolados que dominan la Ciudad, o que la guardan cautelosos, en un punto desde el que, con poco andar, puede verse cómo entran en la honda garganta del Tajo los reflejos de sus dos vegas, fondo luminoso de sus dos puentes. Las casas, de ocre oscuro, apretadas unas contra otras, se precipitan, despeñándose ladera abajo, hasta la misma ribera, y las últimas apenas si pueden detenerse en la caída: el agua moja ya sus pies. Se sostienen por su engarce en los rosarios retorcidos de las calles, atadas todas a las moles gigantes del Alcázar y la Catedral, que se han clavado bien a tierra con las fuertes agujas de sus torres.

El río, que ha entrado en la gigante hendidura sumiso y quieto, se alborozaba travieso, y salta hecho espumas, en los escalones de su cauce. Sube de tono su voz monocorde y atruena el espacio, cantando con brío su leyenda de oro. A nuestra espalda, los riscos pelados son grises, y en sus agujeros nace algún árbol, que es negro, y tropa hacia arriba apoyando en el suelo un pie o una mano. Apenas si hay un hueco con tierra donde unos matojos se agarren hambrientos, a la desesperada; y todo nos habla del cataclismo que debió preceder al desprendimiento de las colinas ingentes donde duerme la Ciudad su sueño de siglos.

Allá donde principia la angostura, yérguese nuestro castillo, nuestro San Servando, ese atalaya decrépito que un tiempo viera enredarse las nubes en sus almenas, como un airón de gloria. En sus torreones panzudos, que ya no infunden miedo, la luz recorre toda la gama de su color para anunciarnos que va a comenzar la tragedia de cada día.

Va llegando a su fin la agonía lenta de la tarde. Las primeras sombras han entenebrecido las aguas, avanzando contra la corriente, poco a poco, haciendo asidero de las orillas y afianzándose en ellas para subir, trabajosamente, por los flancos de la grieta. Al mismo ritmo de la subida van desdibujándose los trazos negros que perfilan las casas hacinadas, bórnanse los contornos, y todo se va fundiendo en una masa indistinta, como de tierra cocida. Las breñas opuestas toman, en los cambiantes de luz, formas atormentadas, como visiones de quimera. La cúpula clara que sirve de montera al panorama tórnase violada primero y luego azul, con brochazos de añil que a cada instante se empapan más de negro.

Ya la luz vencida, va replegándose a las alturas, se refugia en las cimas, en las torres, en las puntiagudas agujas; algún destello, última mirada del día que muere, intenta todavía quedar prendido en una veleta que, tornadiza y voluble, inicia un giro burlón en ademán de despedida. El sol se hunde definitivamente en su ocaso y la tragedia ha terminado con el triunfo de la noche.

El frescor que sube del río nos humedece las espaldas. Se siente frío, de la noche y de la emoción; y una angustia infinita nos oprime el alma, nos atenaza la garganta, hasta arrancarnos un sollozo. Es la hora propicia: la hora del amor y de la muerte. Piensa uno que en aquel momento bien pudiera cortarse el hilo de nuestra vida, y se presiente la horrible belleza de nuestro cuerpo rebotando de piedra en piedra, sorbido por aquellas aguas turbias que nos llaman con su voz obsesionante de sirena. Nuestros ojos no pueden apartar su mirada de esa línea de espuma que corta la corriente de orilla a orilla, como un sendero de luz, y poco a poco nos sentimos invadidos por una sedante melancolía.

Si en aquel momento una voz a nuestro oído nos dice que ese sendero de espuma no es más que un simple salto de agua; que siendo el desnivel de 1,20 metros, y el caudal medio del Tajo de 30 metros cúbicos por segundo, podrían captarse en él 360 H. P., nuestro estado emocional sufre tal desquiciamiento, que abominamos de una ciencia que ahoga nuestros sueños en la vulgaridad banal de unas cifras sin alma.

El encanto se ha roto. La realidad nos vuelve a la prosa de la vida y todos los lirismos sentidos no son capaces de hacernos olvidar que es la hora de la cena y que estamos muy lejos de la Ciudad. Renegamos de encontrarnos dando tumbos por un escarpado que destroza nuestros pies, y echamos de menos una pista

asfaltada por donde pudiéramos deslizarnos, rauda y suavemente en nuestro auto.

Pero hé aquí que medido ese salto de agua nos encontramos sentados ante nuestra mesa de trabajo, entregados al estudio de su aprovechamiento. Va nuestro pensamiento recorriendo, explorando febrilmente todos los recovecos de nuestra memoria, todas las reconditeces de nuestro caudal de ciencia, haciendo un índice de nuestros conocimientos para asentar en ellos la base de nuestro trabajo. Pasan en sucesión atropellada verdades y conceptos, principios elementales, teorías compuestas, todas las especulaciones del espíritu que forman el conjunto eslabonado de las ciencias matemáticas. Desde esa abstracción primaria y fundamental que es el número, ascendemos por las ideas de figura y posición para asombrarnos ante la imponente belleza de ese mundo irreal de las fuerzas y los movimientos. Sujetamos nuestra imaginación que se expande vertiginosamente por entre las altas concepciones, para plegarnos a las exigencias de las aplicaciones concretas; y en el empeño nos valemos de esos poderosos frenos que son un logaritmo, una integral definida, una función transcendente. Nuestra intuición nos guía por el laberinto de cálculos que ha ido amontonando nuestra pluma en las albas cuartillas, para sorprendernos ante la energía potencial que encierran esas gotas de agua, que, obedeciendo a las inmutables leyes, saltan juguetonas, bordando el encaje de espuma que adorna la corriente. Nuestro lápiz va trazando líneas, perfiles, curvas de sondeo. Como un titán, va abriendo canales, construyendo presas, levantando edificios; va colocando en ellos turbinas y dinamos, y aquella energía tan poderosa como ciega, desconocida, extraviada, queda así sujeta a nuestra voluntad, oprimida, obligada a ir donde queramos por los cauces de unos hilos de cobre tendidos al viento; de tal modo que cuando luego se hace luz, es como un signo glorioso del vencimiento de la materia por la fuerza suprema del espíritu.

En esta lucha ideal, tan atractiva, tan seductora, siéntese la misma emoción estética que ante cualquier otra manifestación de belleza, y sólo depende el advertirla de nuestra sensibilidad. No hay razón para que el Arte desdeñe su alianza con la Ciencia, y quienes los definen como incompatibles son gente sin corazón.

Siguiendo el hilo de nuestras divagaciones, cortados por este paréntesis innecesario, advertiremos que en ese esquema de arte moderno que hemos trazado, nos falta todavía la pincelada más interesante, la que mejor caracteriza, tal vez, la dirección estética que siguen en la actualidad nuestros gustos. Nada hay, en efecto, tan sencillo, tan sobrio, de tan rápida comprensión como la línea en las modas femeninas. Trajes ligeros, rectos de telas suaves y movibles, atrevidos de color, atrevidos de forma, para realzar los encantos naturales, cuyo atisbo consienten de modo generoso. La mujer moderna exige que su traje le permita la marcha rápida, el trabajo cómodo y la práctica de los deportes. Su calzado va siendo ya propio para andar; sus medias sutiles, al parecer incoloras o de tonos muy suaves, contribuyen, con los vestidos cortos, a la higiene más rigurosa; y sus cabezas, sin aquellos complicadísimos monumentos capilares, que no hace mucho admirábamos todavía, están más ágiles y sueltas y propicias para discurrir: todo ello también rápido, gracioso, ligero, a tono con los tiempos. (Lo único que permanece en el clasicismo más contumaz son las cuentas de las modistas).

A tono con los tiempos y con las costumbres: también ligeras, despreocupadas, dando a todas sus manifestaciones la importancia que tienen, pero no más. Hoy se dice que están relajadas, pero allá los moralistas que las condenen. Como yo no lo soy, encuentro en ellas una claridad admirable, más diafanidad que en otros tiempos, en que las transgresiones eran las mismas, sólo que encubiertas. Hoy se vive a la vista de todos, con los menores disimulos, y somos, por lo tanto, más sinceros.

La vida, pues, lleva el camino que ella misma se impone, y es inútil ponerla diques, ni aun en nombre de los más altos principios. Nuestra ciudad no puede sustraerse a esta influencia de los tiempos, y cuanto quisiera hacerse por paralizar su marcha, además de cometer un atentado de ciudadanía, sería un esfuerzo estéril.

Nuestros dogmáticos (ya hemos convenido en que así designaremos a los tipistas) quisieran que Toledo conservara todas las características, por lo menos, de nuestro siglo de oro, y ya se advierte lo primero, cómo pudiéramos otorgar diversos grados de tipismo según la época que hubiera de prevalecer. Porque entre la civilización cristiana y la sarracena, entre el arte gótico y el mudéjar, entre las costumbres caballerescas del siglo XVI

y las decadentes del XVIII, hay tales diferencias y tan determinadas, que no es posible imaginar un patrón que comprenda todo. Concentradas, sin embargo, las preferencias muy lógicamente en aquel siglo tan español, bien quisieran que nuestra vida se desarrollara como si la ciudad se hubiera estancado en él, si atender impulso alguno de progreso. Cerrada en el recinto de su muralla, que fuera como un gran museo.

Pero para que una ciudad pueda ser un museo puesto al servicio de sus visitantes, sin peligro de que el abandono de todos sus numerosos servicios y cuidados pueda ser causa de una ruina lenta pero continua, necesita forzosamente del tráfigo diario de la vida, con renovaciones, ampliaciones, adaptaciones a las mudables necesidades de sus habitantes, y éstos no se avienen a renunciar a la misma libertad que tuvieron, para establecer las normas de sus costumbres, esos antecesores nuestros a quienes admiramos y tratamos de recordar. Es un círculo del que no se puede salir por mucha voluntad que se ponga en ello, como no caigamos en el ridículo o en un feroz mercantilismo.

*
* * *

En el ridículo; porque figuráos que nuestra ciudad vive en estos momentos su vida del siglo XVI. Vedme a mí—y me arriesgo yo a servir de maniquí porque no se dé por aludido, y se ofenda, alguno de nuestros tipistas más representativos—; vedme a mí, digo, bajo los soportales de Zocodover, en una clara mañana invernal, haciendo resonar, al compás de mis pasos, mis espuelas de plata. Faufarrón mi aire de perdonavidas, me embozo en mi capa de buen paño veinticuatro, colorada con vueltas blancas, llevando alta mi espada, que labró Jusepe de la Hera, el Mozo, para que se puedan admirar mis altas botas de ante y adivinar mis gregüescos acuchillados. Miro mi anacrónico reloj de pulsera, bien disimulado bajo el encaje de mis puños, y veo que va pasada media hora de las once; ábrome paso por entre pícaros y sopistas, cuadrilleros y rufianes, y me dirijo a una dama que, sonriente, solicita de mí un apoyo que, por mi turno, estoy obligado a prestar. Mi chambergo barre solemne el suelo con su pluma azul; mi mano enguantada toma la suya, desnuda y temblorosa: es una turista inglesa, espigada y présbita, que desciende del auto con su kodak en bandolera y el Baedeker bajo el brazo.

Tras el saludo bilingüe y macarrónico, y mientras conseguimos atemperar mis pasos, de elegante cadencia, con sus largas zancadas, ella me muestra su admiración por retrotraer su existencia cuatro siglos, y yo voy señalándole las bellezas del Zocodover, y me esfuerzo en que comprenda cómo eran las justas y los torneos y los autos de fe que en la gran plaza se celebraban. Subiendo al Alcázar me cuenta que es hija de un pastor protestante, casada con un comerciante de gorras de Manchester, y que ha venido a España desde Inglaterra por exigencia de su espíritu, ávido de emociones. Ante la grandeza de la mansión de Carlos V muéstrase absorta, y el panorama de la Vega, desde la explanada, la hace prorrumpir en gritos inarticulados. Siente curiosidad por conocer cuántas yardas de altura tienen las torres, y como es detalle que no he previsto, no sé lo que la digo.

Siguiendo la ruta obligada para turistas de tercera clase, descendemos por el Arco de la Sangre para asombrarnos, y sobre todo, ante esa maravilla plateresca de Santa Cruz; tomamos un vaso de buen vino en el Mesón del Sevillano, bebemos agua en botijo y continuamos por la calle de las Armas, que en aquel momento, está en plena actividad. Todas las espaderías muestran a los transeuntes el rito de su trabajo.

Detenémonos ante la más famosa, y penetramos en su recinto renegrido por los humos. Me hace explicarle el proceso de fabricación de una espada—*the process of work*, que dice ella—y yo repito mi lección, con aire cansado de resignación mal contenida. «Aquí los forjadores, en sus fraguas de fuelle, van calentando »callos de herradura, que sueldan en el yunque, bien trabados »entre sí y bien espolvoreados de arena para evitarles la herrum- »bre. Forman así el alma de la espada, que queda aprisionada »entre dos tejas de hierro de Vera, y el todo, lo estiran los mache- »ros al blanco soldante cuidando que de cinco partes de su largo »sólo se caldeen cuatro, y dan la puntada, que ha de quedar bien »recta. Sigue el batido por partes, dejándole ventajas, y su encaje »en la regla de medidas. Hácenle luego la espiga, destájanla y »pasa la hoja al templador que es el oficiante más insigne, el que »dá al taller todo el esplendor de su nombre, amasado por cua- »tro generaciones: la del viejo, la del mozo, la del nieto, la del »bisnieto; y en su fragua dá a la hoja un tono de cereza, un punto »de calda tan puntual y minucioso, que sólo sus ojos, por don de »la Providencia, puede precisarlo, sumerge la hoja, con lentitud

»reverencial, en un cubo de madera, lleno en sus tres partes de
»agua del Tajo, recién subida por las artes de Juanelo, fresca
»aunque no muy limpia; y cuando sale del baño sale ya con todo
»el prestigio de su estirpe gloriosa. El espadero la acaricia aún
»con su martillo en el yunque, golpeándola con tiento, hasta que-
»dar bien derecha; caliéntala de nuevo, para igualar su fortaleza
»en todos los puntos; comprueba con la alcadilla el reseguído de
»sus lomos y la hace tomar curvas cerradas con su brazo des-
»nudo, comprobando, con el gesto heroico de un conquistador,
»que la hoja no se queda.

»Quítanle los amoladores las ventajas de la forja, abrillantán-
»dola los acicaladores, y la hoja, terminada ya, dispuesta está a
»montarse en las guarniciones afilegranadas que artistas de pura
»escuela toledana imaginaron en sus ensueños. El cincel en sus
»manos es araña que va tejiendo los hilos de un encaje sutil, y la
»cazoleta parece un lindo pañuelo que una mujer pusiera para
»guarda amorosa de la mano. Lleva ya el perrillo de su marca,
»lleva ya el mote que es escudo de su prosapia, y se lanza a reco-
»rrer el mundo para que no haya caballero sobre la tierra que no
»asegure su honor con una espada española.»

Mi inglesa no comprende cómo yo me he puesto un poco pálido con el relato, a pesar de la costumbre, y seguimos calle abajo para volver nuestro espíritu unas centurias atrás y pasar bajo el arco de la Puerta del Sol y sentir ese pasmo mudéjar que es la mezquita de Bib-Al-Mardón, pudiendo ser al mismo tiempo la Ermita del Cristo de la Luz. Perdidos ya por el laberinto de callejas que suben hacia el centro de la ciudad, considero que ha llegado el momento más esperado de la visita. La mañana es clara y tibia. El sol inunda de luz este bello rincón del Cubillo y las Gaitanas y da tono señorial a sus piedras vetustas. Ha pasado una dama amiga, de almidonada gorguera, basquiña de paño canelado y manto de velarte, seguida de cerca por su dueña. Van acompañando a otro turista alemán, y yo las saludo ceremonioso. Acometo ahora la empresa de enamorar a mi compañera, que aguarda anhelante y curiosa los incidentes del arrebato.

Corrijo, con un movimiento gentil, la dirección de las guías de mi bigote enhiesto (y postizo, claro está), y mirando al cielo enternecido, voy declamando mi endecha de amor en versos atropellados, tomados de Fray Félix, del todo incomprensidos, si no fuera porque mi actitud es la que han tomado los enamorados

de todos los tiempos, en ocasión análoga. Muéstrase ella un poco esquiva, sin embargo, y pregúntame quién es la señora de mis pensamientos, con una voz temblorosa de celos algo inquietante. Pero la convengo de que ella sola reina en mi alma, por lo menos hasta las seis de la tarde, que sale el tren en que ha de marcharse, hora en que termina mi obligación de guía sentimental.

La del yantar nos sorprende en amoroso coloquio, y penetramos en una hostería, donde nos sirven: a mí, el plato del día: salpicón de vaca y duelos y quebrantos, por ser sábado, y, para postre, cañutillos de suplicaciones; a ella: sopa de tortuga, alcahofas rellenas, lenguados en salsa de trufas, *roast-beef*, espárragos, carne asada con mermelada de ciruelas y no sé cuantas clases de compotas, porque sabido es que los ingleses no sienten nunca el casticismo ajeno, y menos para comer. El momento no es para poetizar y hablamos mucho de los intereses comunes a nuestros pueblos, del brillante porvenir que se abre al comercio de gorras, en estos tiempos tan democráticos en que el pantalón corto en los hombres y el pelo también corto en las mujeres (y advertimos la filosofía de esta coincidencia) van desterrando el uso del sombrero; del desarme de la marina de su país, siempre dejado para otro día, y mil asuntos más tan interesantes como éstos.

A hora conveniente póngome de nuevo en situación y continuamos nuestra visita. Tras la Catedral grandiosa, el Tránsito, la Casa del Greco, Santa María la Blanca, San Juan de los Reyes y cuando termina la ruta, mi compañera está traspuesta de tantas emociones.

Ya el crepúsculo va empapando de humedad gris cada encrucijada. Marchamos con prisa por calles empinadas, estrechas y resbaladizas. Cuando llegamos a Santo Domingo el Real hay un tono en nuestras voces tan cordial y tan efusivo que casi es lamentable resignarse a ver en todo esto una comedia reglamentada por nuestras Ordenanzas municipales. Pero hay que violentar las propias convicciones; hay que llegar hasta el fin. Conjúrola a que olvide su nombre, Lady Whirling, para tomar otro más conforme con el momento, y ella accede con entusiasmo. Se esfuerza en repetirlo porque no se le olvide nunca, y yo, trémulos los labios, la llamo sin cesar: Doña Mencía. Mi brazo petulante la arrastra, ceñido a su cintura, bajo el pórtico; por las puertas adinteladas llega hasta nosotros el blando susurro de las monjitas

que rezan su rosario, místicas esposas abrasadas en el amor divino; y en perfecta rima con el sitio y con la ocasión, comienzo yo también a musitar quejumbroso el madrigal eterno:

Ojos claros y serenos
Si del dulce mirar sois alabados...

sin que, para fortuna mía, me entienda del todo, porque no lo juzgara ironía cruel, ya que los suyos van abroquelados tras unas fuertes gafas de carey.

Salimos del rincón más evocador de Toledo y nos sumergimos en las sombras medrosas del cobertizo de Santa Clara. Observo con pena un gesto de repugnancia al cubrir su linda nariz y su boca de finos labios descoloridos con su amplio pañuelo, y redoblo mi galantería para desvirtuar la causa. Pocos pasos más y un hombre embozado, caballero sin duda, nos corta la salida, lanzando su reto al asegurar que la calle está tomada. Mi dama, que presiente la tragedia, se escuda en el valor de mi brazo; entre mi rival y yo se cruza un diálogo vivo y tajante, pero pronto son inútiles las palabras: dejo caer con gallardía mi capa y mi chambergo, y nuestras espadas se cruzan con rabia. Mi contrario tiene dura la mano, pero yo invoco con pasión el nombre de Doña Mencía, que, tras de mí, apenas si tiene aliento para contemplar la escena. Por fin, me tiro a fondo y llego al pecho de mi rival, que cae pesadamente al suelo profiriendo una maldición.

Por el extremo del Cobertizo aparece la Ronda, que esperaba tras de la esquina, y cuéstate trabajo abrirme paso por entre alguaciles y corchetes, para no dar con mis huesos en la Santa Hermandad. Volamos más que corremos, y llegamos al Zocodover cuando van saliendo ya los primeros autos que llevan a la estación los turistas del día. Llega el momento triste de la despedida. Ya en el coche, Lady Whirling pone discretamente en mi mano dos libras esterlinas y algunos chelines, pero yo rechazo la dádiva sin violencia. Le explico cómo mi trabajo del día es gratuito; cómo los toledanos nos hemos acomodado a esta vida artificial, en homenaje a nuestra ciudad; cómo nuestro único deseo es que el mundo entero pueda venir a admirar nuestras glorias pasadas, en el mismo marco y con el mismo fondo en que ocurrieron; cómo nos prestamos a esta carnalada continua para crédito de nuestro tipismo. Ella apenas si puede escucharme: ha arrancado

el auto y dá su pañuelo al viento, en despedida. Yo corro también, porque he de bajar a la Fábrica y es hora de salir el ómnibus. *¡Good-bye my lady! ¡Adiós!*

*
* *

No sé cómo pedir os perdón por esta bufonada tan impropia de la ocasión. He querido disimular con un poco de amenidad la falta de otros contenidos, sugerida por ese dogmatismo hermético que nos llevaría, si pudiera, a extremos tan grotescos como los imaginados. Pues aun tan absurdo tiene ya sus precedentes en el mundo.

Nuestros tipistas son gente de buena fe y no hay que temer de ellos más que la oposición platónica de sus ideales; no hay que pensar que caigan en el mercantilismo de esos pueblos holandeses, por ejemplo, que, bien lo sabéis, explotan su historia, sus costumbres pasadas y sus bellezas, no por exaltación de su amor patrio y de su arte, sino como medio único y cómodo de vivir sin trabajar. Cuando llegan los trenes o los vapores cargados de turistas, los pueblos son como vastos escenarios en que se estuviera representando «Molinos de viento», nuestra bellísima opereta. Sus habitantes se caracterizan con la indumentaria típica del país, y se ofrecen a los visitantes para que formen sus colecciones de fotografías, conforme a tarifa: modelo de viejo lobo de mar arreglando sus redes, tantos florines; pareja de novios pelando la pava a uno y otro lado de una barca encallada en la playa, tanto; y tanto por un cortejo nupcial; tanto por una fiesta familiar; y por simular un naufragio, un día de tempestad, tanto. Y así tienen resuelto el problema económico.

Es insospechable el partido que podríamos sacar de Toledo si nos decidiéramos a una explotación semejante. Perderíamos nuestra reputación de gentes serias y equilibradas, pero nos acreditaríamos de prácticos. Este pudiera ser, tal vez, el lazo de unión entre nuestros tipistas y.... los otros, entre dogmáticos y escépticos, porque los segundos encontrarían tolerable que se les hablara de arte, sacrificarían un poco el derecho de hacer con lo que es suyo lo que les venga en gana, en aras de un mejor provecho.

Observo ahora que ese calificativo de escépticos les es muy favorable. Porque no dudan, niegan; son espectadores pasivos,

pero mientras no se les ataca el bolsillo; no admiten obligaciones en nombre del Arte, como no vean en seguida la compensación; no comprenden más arte que el de la pantalla del cine, que les cuesta poco dinero, y el de ciertos cultivadores del mal teatro, que les proporciona también una risa, si no barata, fácil.

Nuestros escépticos fueron, generalmente, gentes necesitadas en sus principios que, explotando el vivir de la ciudad, por procedimientos no muy limpios a veces, llegaron a imponernos la pesadumbre de su derecho a disponer de lo que han hecho suyo. Pero olvidan con ingratitud que si les es posible envanecerse de su riqueza y ampararse en su derecho para retenerla, lo deben exclusivamente a las posibilidades de la ciudad, que no tienen mejor fundamento que el prestigio glorioso de este immaculado nombre de Toledo.

Pero el prestigio de nuestra ciudad no está en poder mostrar al viajero grandes avenidas rectas y asfaltadas, parques frondosos, edificios monumentales, teatros suntuosos, hoteles de lujo, almacenes espléndidos, nada de lo que constituye la característica de una ciudad moderna. Si su nombre va con reverencia de boca en boca por todos los ámbitos del mundo, es porque se puede leer en sus piedras veinte siglos de una historia gloriosa, porque se puede admirar en sus recintos las huellas de tres civilizaciones, porque es refugio de arte, de arte puro, sin mezclas de utilitarismo alguno.

Nos debemos, pues, a nuestra ciudad por entero. Si el mundo se salva, no será por los materialistas, sino por los que todo lo posponen a los sanos goces del espíritu. Olvidan los materialistas en su ceguera, que no hay paso en el progreso del mundo que no haya sido impulsado por una fuerza espiritual, aunque la consecuencia del avance haya sido, en provecho de aquéllos, una satisfacción de la materia. El hombre no llegará a la plenitud de su misión sino cuando haya agotado todas las potencias de su alma; pero antes necesita alimentarlas: para su facultad de sentir habrá, pues, que proporcionarle emociones puras.

Cualquier propósito de negárselas es como un atentado espiritual, más odioso que los movidos por el crimen, fruto siempre de la obcecación de las pasiones. Nuestra voluntad debe esforzarse en mantener limpias las fuentes de emoción, que ya la vida se encarga por sí misma de enturbiarlas con esa aridez de su prosa, empeñada en despertarnos de los bellos sueños.

Nuestros materialistas, nuestros escépticos, harán bien en contener sus apetitos, en someterse al dominio espiritual de la Ciudad, bajo cuya protección medran como homenaje de agradecimiento que le deben. La lista es muy conocida y demasiado larga. Uno levanta una casa de una cursilería chocante en cualquier capital de tercer orden, para romper la armonía de la plaza bellísima; otro rasga un balcón del siglo XIV, para colocar un mirador que apenas si tiene que mirar; éste pinta su fachada imitando piedra, y hace una caricatura del churriguerismo; aquél rompe un ajimez para convertirlo en una ventana de cuarterones; y hay quien adosa al triple ábside mudéjar de una iglesia interesantísima, el cajón sucio de una verdulería; quien desvía la atención de una hornacina venerable con un escaparate de garbanzos; quien, en fin, rompe la poesía del encantador rincón con un absurdo tubo de chimenea.

Y nada diremos de esos hilos que, como tendedero de lavadero público, cruzan mil veces la calle, como prueba de nuestra burda instalación de alumbrado; ni de los tabernuchos que se ofrecen al viajero ante las puertas de la Ciudad; ni de ese poyete del patio de la Puerta de Bisagra, lleno siempre de bárbaras corambres de vino que esperan la decisión de los ex consumidores; ni de los pestilentes receptores situados en puntos que solicitan una atención detenida; ni de la ausencia total de nuestros rejeros y nuestros ceramistas en la ornamentación de las calles; ni de esas miserables casas, miserables por su mal gusto, salpicadas aquí y allá, donde mejor pueden estorbar una perspectiva; ni de las que mal se conservan adheridas a nuestras murallas y a los muros venerados de nuestra Catedral; ni de esos vertederos de inmundicias que rompen la belleza de los escarpados flancos de la cortadura del río; ni de esa falta, finalmente, de jardines, de fuentes, de bancos, que inviten a reposar en nuestras placitas recoletas.

Y todo ello en nombre de la libertad, del derecho de propiedad intangible, base de la sociedad moderna. Sí; pero en una población moderna como Madrid, como Barcelona, como San Sebastián, son sus habitantes los que sostienen el rango, son los contribuyentes los que costean de su bolsillo el atractivo que pueda ejercer sobre el viajero, y su propiedad es realmente suya, puesto que la pagan. Pero en Toledo es la Ciudad, por el contenido de su arte, por la conservación de su carácter, la que, por el

contrario, da el prestigio; la que atrae por sí misma la curiosidad de las gentes. Nuestros contribuyentes no contribuyen a nada, a nada de lo que constituye esa atracción, se benefician de ella; y lo menos que pueden hacer es respetar la propiedad de la ciudad. No se puede disponer de un ajimez, de una portada artística ni de una alineación determinada que forman parte del tesoro de la ciudad, y que sólo se dispone de ello a título de usufructuario; su valor es además relativo y necesita de su reconocimiento, en cuanto que es obra de arte, para que lo tenga. Es decir, que su destrucción o puede ser inútil o puede obedecer a un mal instinto: en ambos casos, es un signo de que no siempre es una atrocidad decir que la propiedad es un robo.

Que esa libertad de disponer de lo que se cree propio debiera tener un límite, es cosa que todos creemos menos los interesados, naturalmente; pero lo difícil es encontrar el poder coercitivo que les obligue a no trasponerlo. No vamos a dar aquí normas que no nos incumben, pero sí volveremos a nuestra afirmación inicial: los toledanos carecemos de sentido estético, porque si lo tuviéramos no habría problema de limitaciones; cada uno obraría siempre conforme a sus deberes para con la Ciudad.

Y el problema no es de cultura más que a medias. La percepción de lo bello es una facultad del alma que, lo mismo que no es sensual ni ética, tampoco es intelectual; la conservación de lo bello en beneficio de uno mismo y de los demás, sí que es de cultura, y en esto salen mal parados nuestros escépticos, porque no es la masa popular la que atenta contra los fueros de la belleza, porque no posee nada y va a donde la lleven, sino las clases elevadas, las dirigentes. ¡Menguados ellos que, teniendo por obligación ser cultos, no lo son!

*
* *

Seguro que ninguno ha pasado hoy el umbral de esa puerta. Si alguno me oyera diría tal vez que era desconcertado cuanto vengo diciendo, porque hay contradicción entre mis ideas modernas, mis opiniones modernas sobre el Arte y la vida, y la repulsa que hago de sus procedimientos. Me adelanto a la impugnación, pero es inútil para los que me escuchan, porque ya os habréis percatado de que entre su pensamiento y el mío hay esa diferencia tan considerable que va de la libertad al libertinaje.

En eso estriba el eclecticismo que he señalado como base de un tercer partido que considero más fecundo que los otros dos: en saber armonizar las exigencias, las necesidades de la vida moderna con ese deber de conservar lo que caracteriza a la Ciudad, lo que es propiedad peculiar suya.

¿Que es difícil? Sí, mas no imposible. Y quien con arreglo a tal criterio sepa cuando hay que sacrificar una comodidad y cuando hay que sacrificar al Arte, merecerá bien de la Ciudad; pero habrá pocas ocasiones en que se necesite sacrificar nada, porque todo podrá acordarse.

No se olvida nunca el contraste percibido, visitando Roma, entre la admiración contemplativa del Coliseo y la campana de un tranvía que, cercano, marcha por la Vía Apia. Parece esto una profanación, que impone la cualidad de ciudad moderna de la que Roma, con más motivo que Toledo, no puede desprenderse; pero en este caso se ha sacrificado el Arte y la sugestión, y se han sacrificado con cierta complacencia, porque el tranvía populariza y extiende la visita. El Foro encuéntrase aislado, pero aun así, si se contempla desde el Arco de Tito se tendrá como fondo construcciones modernas, que, si llaman la atención, es para renegar de ellas, porque carecen del menor rasgo de belleza. Esto es, dicho groseramente: en todas partes cuecen habas.

Un escéptico dirá que cualquier espectador que tenga educado su sentido estético sabrá apartar de su emoción estas llamadas de la realidad; pero no convendrá abusar de ello. Roma, siempre que le hace falta, para mantener su fuero de capital de una nación progresiva, prescinde de su historia, y traza una gran vía o abre una gran plaza allí donde le es necesario. Aunque la verdad es que compensa el estrago acumulando arte en sus edificios, en sus monumentos nuevos; y unas veces no desentonan de los viejos, y otras sí.

Mejor se observa el cuidado de que no desentonen en Nuremberg; la que por el parecido de su traza, por la antigüedad de su historia y por lo evocador de su ambiente, es conocida por la Toledo alemana.

La ciudad vieja se encierra en su muralla y conserva del modo más exquisito su carácter medieval. Pero sin perdonar ninguna de las comodidades que proporciona y precisa el vivir moderno: calles asfaltadas, aunque tortuosas, almacenes, grandes hoteles, pero con una persistencia estética tan admirable que, salvo con-

tadas ocasiones, no se advierte diferencia alguna entre la ciudad del siglo XIV y la de nuestros días. Salvo contadas ocasiones; porque también hay trozos de calles modernísimas, amplias y surcadas por líneas de tranvías. Su expansión necesaria, la ha conseguido prolongándose más allá de sus murallas, constituyendo una soberbia población con los caracteres de las grandes urbes alemanas: arquitectura sobria, calles rectas, limpiísimas, abundancia de árboles, perfecta distribución de estatuas y monumentos y un lujo en la instalación del alumbrado que sorprende. Y aún cuenta con una zona industrial de las más importantes.

Le falta mucho a Toledo para parecérselo íntegramente, y bastará que cite un detalle. Cierra la ciudad, como digo, una doble muralla de torres y baluartes, y la rodea un ancho foso cuyo fondo es un delicioso paseo, enmarcado en jardines frondosos, colgados de sus escarpas. Rocorriéndolo, es inevitable la comparación dolorosa: no se concibe que Toledo tuviera un foso semejante sin que estuviera lleno de escombros, de inmundicias y de botes vacíos de conservas. Claro es que Nurenberg es una población rica, y Toledo una población pobre; Nurenberg es una de las poblaciones más cultas de Europa, y Toledo sufre el retraso cultural de toda España y, además, su indolencia, propia, de la absorción que sobre ella ejerce Madrid; y son causas bastantes para reconocer la superioridad de la ciudad bávara, no obstante tener Toledo incomparablemente mejor patrimonio artístico y más fuerza evocadora.

Decimos que en Nurenberg, por lo que respecta a la ciudad antigua, hay perfecta armonía entre exigencias modernas y conservación del carácter, sin tener que sacrificar nada. Es que se resiste uno a admitir que pueda haber incompatibilidad entre que una casa tenga las cualidades que requieren nuestra comodidad y nuestra higiene, y que, al mismo tiempo, conserve en su fachada (único elemento que hay que acomodar) los signos característicos de nuestras viejas arquitecturas, a tono con las que le rodean.

Y que, si bien es difícil, no es imposible, nos lo prueba nuestra bella estación del ferrocarril: edificio que por la modernidad de su destino, y sus necesidades especiales, pudiera haber sido una obra arquitectónica hecha al gusto moderno, sin que nos hubiera sido difícil resignarnos, sin que hubiéramos tenido derecho de recusarla; y sin embargo, la discreta adaptación del estilo

mudéjar, ha dado un conjunto que es un buen principio de admirar Toledo.

Hay en Madrid una casa, que no habrá escapado a vuestra observación, ejemplo terminante de esta posibilidad, sólo que al revés. En el centro mismo de la actividad madrileña, en el comienzo del segundo trozo de la Carrera de San Jerónimo, próxima a la lindísima plaza de Canalejas, álzase una casa de puro estilo español, como un palacio del siglo XVIII. Fábrica de gruesos ladrillos, balcones voladizos con gruesos barrotes y esferas doradas, y en lo alto una magnífica solana, de ricas maderas, y como elementos decorativos, conchas y cerámicas insignes de Zuloaga. Es un alarde arquitectónico depurado, felizmente concebido, que no extraña en aquel trozo del Madrid restaurado, capaz de unirse, en admiración de estilos tan distintos, con las dos casas fronteras, de traza modernísima, sin transición brusca.

Sin conocer la casa puede asegurarse que no se echará de menos en ella ningún detalle que atente a la comodidad interior. Y no hay razón para que no sea así. Los que en Toledo han preferido a ese estilo tan nuestro, tan español, de los huecos asimétricos, aleros salientes, ventanas bajas con rejas bien repujadas, motivos de cerámica y enlucidos lisos de color de oro; los que no han sabido conservar nuestra tradición de los patios floridos; los que han renunciado a esas solanas altas tan caseras y a esas imágenes familiares en cerámica toledana, en favor de ese estilo universal de fachadas cuadrículadas, monótonas, sin gracia y sin belleza alguna, que no intenten justificarse con las exigencias de la vida moderna, con la comodidad y con la higiene, para encubrir la causa verdadera: el afán de imponer su ignorancia y su mal gusto con la fuerza de su dinero, amparados en un derecho que ya va siendo hora de que se les niegue.

*
**

Nadie puede defender tampoco una inalterabilidad absoluta en la constitución de la Ciudad. Ya hemos dicho que debe llevarse a buen término cualquier modificación que exija la vida actual y sólo cabe discutir bien y serenamente, la necesidad de esa modificación. Pero es que también en nombre del Arte mismo, hay mucho que variar, mucho que destruir, para que la ciudad se presente a la admiración extraña libre de fealdades. Nadie puede

oponerse a dejar libres de casas adheridas los muros exteriores de la Catedral y los lienzos de murallas que se conservan; ni a que se pueblen de árboles los rodaderos, ni a que se despejen ni agranden algunas plazas, reduciendo a escombros las casas que sin tener mérito alguno, lo estorban: casas viejas y no antiguas, sin carácter ni belleza. Nadie puede oponerse a trazar nuevos jardines (después de tener bien atendidos los actuales, claro está) jardines con nuestro estilo propio, un poco rebelde, opuesto al jardín geométrico, y a que se adornen con motivos ligeros de cerámica y de hierro repujado: esos dos toques de buen gusto que, siendo de abolengo tan toledano, no se prodigan en la ciudad tanto como debieran.

Muy fácil decir es esto; muy fácil es concebir un Toledo ideal, que conservando su aspecto actual y su evocador carácter, ganara mucho en belleza; pero muy difícil, imposible es hacerlo realidad, porque es la obra del abandono de cien generaciones. Pero puede ser un programa; es, como sabéis, el programa de estos hombres honrados que ahora atienden a la ordenación de la Ciudad, y mientras se encuentra el medio de desenvolverlo, nos contentaremos con ir renovando lo asequible.

Un elemento de la mayor importancia que urge poner a tono con la Ciudad es su alumbrado público. El actual es absurdo, anárquico, no se somete ni a la más elemental norma estética, como si en vez de servir a una ciudad de arte alumbrara a un pueblo olvidado. Desdeñando totalmente los fueros de la ciudad, cruzan sus hilos las calles cuantas veces lo requiere la impericia de su trazado, formando una maraña que se cierne amenazante sobre aquéllas, al mismo tiempo que las afea. Monumentos de tal valor, como la Puerta del Sol, que debieran ser verdaderamente intangibles, se ven escarnecidos por el paso de cables que se cuelgan en pobrísimas palomillas de madera, sustentando vulgares aisladores, y la luz de una triste bombilla con su tulipa blanca.

Los tripistas.....; perdón: los escépticos que sirven al mantenimiento de estas cosas se burlan de sus enemigos los dogmáticos, y les atribuyen la opinión de que mejor sería, para facilitar los sueños de esa gentecilla incivil que son los poetas, que Toledo se mantuviera a oscuras y que nos viéramos obligados, en obsequio a nuestro tipismo, a salir a la calle armados de linternas. No creo que nuestros dogmáticos exageren de ese modo. Yo, por mi parte, inundaría Toledo de luz, pero la distribuiría atenién-

dome a esos cánones que el sentido práctico, el buen sentido práctico, impone.

Porque el sentido verdaderamente práctico ordena que el alumbrado en la ciudad sea profuso en su centro comercial, montado sobre postes, ricos en ornamentación; discreto y suficiente en las calles retiradas, en aparatos artísticos, imitación de faroles antiguos, de hierro forjado y aplicaciones repujadas, con vidrios labrados, distinguiéndose los que señalen algunos edificios notables por su adaptación armónica. Y sin que los hilos puedan distinguirse, bajo los aleros, siguiendo las cornisas.

El alumbrado puede favorecer la evocación del carácter antiguo cuanto más se empleen los medios modernos. Imagináos la Puerta del Sol iluminada por proyectores que la envían una luz suave, de abajo arriba, para hacer resaltar sus arcos apuntados, sus arquerías arábicas, sus matacanes; que proyecte con violencia sobre su torreón la sombra de sus canecillos, y que llegue velada a las almenas de su adarve, en tanto que sus ventanas se iluminan desde el interior con una dulce luz de tonos pálidos. Imagináos la Ermita del Cristo de la Luz, que recibe de lleno el haz de un proyector potente, para destacar toda la filigrana de sus ajimeces y de su cartela. Imagináos la maravillosa imafrente de la Catedral, también inundada de chorros de luz, que realcen, con sus juegos de sombras, ese sueño de piedra que es la Puerta del Perdón; y la alta torre como una antorcha de fuego. Imagináos ese encantado rincón de San Juan de la Penitencia, tenuemente alumbrado por un solo farol, joya de nuestras artes del hierro, colgado ante la hornacina del Santo, dejando en la penumbra la amable placeta. Imagináos esa armoniosa fachada de Santa Cruz que recibe el haz suavísimo de una luz violeta para adivinar el bordado de sus entalles y labores, y apenas distinguir la fantasía loca de sus ventanas. Imagináos, en fin, ese retiro de honda poesía que es Santo Domingo el Real iluminado..... ¡No; Santo Domingo el Real no merece ser iluminado más que por la luna!

Imagináos todo esto y mucho más, fácilmente sugerible, y decidme si una instalación de alumbrado hecha con cariño y arte no haría resaltar el valor de Toledo, contribuyendo a un modo de admiración atraente. Tampoco podría conseguirse la renovación de un modo inmediato, pero pudiera formar parte de ese programa con carácter de apremio, porque lo que no puede subsistir es el sistema actual.

Como no debieran, en cambio, subsistir tampoco esos entorpecimientos opuestos al normal desarrollo de la Ciudad que se fundamentan en opiniones exageradas. Ese puente sobre el Tajo, por el que suspiramos desde hace tanto tiempo, no puede negárenos en nombre del Arte y de la conservación de su carácter histórico. Repitamos los conceptos: discútase si es conveniente o no ese puente, y si la necesidad es evidente, como lo es, hágase el puente. Discútase si es imprescindible que esté aguas arriba o aguas abajo del de Alcántara, en sitio visible o escondido, y si se demuestra que su racional empleo obliga a colocarlo aguas arriba, colóquese aguas arriba.

Pero demostrada su necesidad y señalado el sitio, obliguese a que el puente se haga con el arte preciso para que no desentone del conjunto, para que sea digno de la ciudad, lo cual no es imposible, ni mucho menos, porque tenemos artistas y tenemos artífices de más sensibilidad y mejores aptitudes que los de tiempos pasados, capaces de realizar los más altos empeños. Y en estas discusiones y en estas calificaciones oírgase también la opinión de los que necesitan de ese puente, porque no pueden juzgar de su perentoriedad quienes no desenvuelven en Toledo sus actividades comunes, y vienen sólo un día, en descanso del tragar cortesano, a sentir la emoción bruja que alotea en sus recintos.

Todo es posible en el imperio del Arte. Ocurrirá tal vez que algún crítico, juzgando con severidad lo que se haya hecho, demuestre que no se ha conseguido del todo el estilo que mejor concuerde con la mezcla de estilos que forman el peculiar conjunto de la Ciudad, pero será un caso más de desacuerdo que tengamos, y podremos ser tolerantes con él, a cambio de que nos proporcione alguna emoción estética. El Transparente de Tomé en la girola de la Catedral es el desacuerdo más discutido, pero de tanta belleza, que nadie sería capaz de hacerse responsable de su desaparición. No se advierte qué colocación adecuada podría tener en Toledo el arte renovador de Victorio Macho, y yo quisiera ver sus obras en algunos de nuestros característicos rincones. Todo es posible en el imperio del Arte.

Exaltemos su culto como una obra de misericordia. Nuestra vida rápida, agobiante, enardecedora, mantiene el espíritu en una tensión que endurece el trato social, que desarmoniza nuestras relaciones, obligadas a mantenerse en planos materialistas. Pensemos que podremos rescatarnos a nosotros mismos en la paganía espiritual del amor a la Belleza, del deseo de los puros goces del Arte, y que para ello se nos entrega pródiga nuestra ciudad bienamada.

Toledo, 4 de diciembre de 1927.
